

# RUBEN DARIO Y FRANK CRANE

EN su última visita a Nueva York, Rubén Darío manifestó deseos de conocer al Doctor Frank Crane, editorialista de *El Globo*. El doctor habla bien el francés, es conferenciante, ha viajado mucho por las capitales europeas, es autor de libros y dice que se siente interesado por el movimiento literario de la América española y por la labor poética del mayor de sus poetas: Rubén Darío.

Cuando el Doctor supo que Rubén deseaba conocerle y celebrar una entrevista con él, no omitió medios por efectuarla en uno de los centros de recreo de Nueva York.

A la hora indicada, en un saloncito preparado ex-profeso en el *American Club*, Frank Crane aguardó a Darío en una bella tarde de no recuerdo qué mes de 1918.

¡Cuántas cosas iba a hablar con el poeta! Recuerdos de Lutecia, Verlaine, Oscar Wilde (el Doctor fué uno de los amigos de Oscar, en Francia, y conserva de él uno de los cinco ejemplares que existen del *De Profundis*) y de otras muchas cosas de París.

A las cuatro llegó Rubén acompañado de muchos amigos, que presentó al Doctor.

Después de la presentación pensó que los amigos del poeta se retirarían dejándolo solo con Rubén. Pero no fué así, a pesar de la larga pausa que hizo con objeto de que todos se largaran.

Pero nadie se iba. Hablaban, hablaban hasta por los codos...

El Doctor sentíase abrumado. Y para poner fin a aquella reunión que no soñó, recordó que faltaba un requisito que llenar: la inscripción de los visitantes en el libro de registro del Club. Se puso de pie expresando a la concurrencia su deseo de inscribirlos en el libro. Todos le siguieron y no faltó quien firmara dos veces y hasta quien escribiera debajo de su

nombre un soneto alejandrino. El Doctor sonreía, sonrisa que interpretó Rubén a la letra; pero a pesar de todos los esfuerzos hechos por ahuyentar la caravana, fué inútil. No se marcharon, regresaron a sus butacas, acomodáronse, y diéronse a fumar cigarros y cigarrillos por cuenta del Doctor. La humareda que allí se formó pugna por asfixiar al poeta y al doctor. También se tomaba largo: brandy, whiskey, menta. Hubo quien pidiera leche batida. Y a todo esto no conversaban el poeta y el doctor. El libro de Oscar Wilde que a propósito había llevado consigo Frank Crane, permanecía cerrado sobre sus piernas. Y la concurrencia charlaba sin solución de continuidad. Hablaba de todo: de negocios, de grandes empresas, de las hembras de Broadway, de las pantorrillas de Margarita Winter, estrella cinematográfica, de las comedias de Charles Chaplin...

Rubén escudriñaba con sus ojos inquietos el alma del Doctor. Y el Doctor pensaba: «Si la colonia que habla español en Nueva York fuera tan grande como la italiana...»

Esperó inútilmente quince minutos más. Nadie se iba. Pero él se puso en pie, reloj en mano, fingió una cita, estrechó la mano del poeta y se partió dando la orden al cantinero de seguir sirviendo por su cuenta licores y cigarros a la concurrencia. Aquella gente siguió bebiendo y fumando...

Cuando el Doctor hubo respirado el aire fresco de la calle, pensó a buen seguro:

«Creí que el poeta vendría acompañado de un cortejo, pero desgraciadamente le ha acompañado una recua».

Cuando alguien le recuerda esa tarde, exclama:

«¡Dios mío...!»

(De la revista *Sin Nombre*. Nueva York, número de mayo de 1920).

no redunde en comodidad material, parece anacronismo, sin plegarme a sus caprichos, voy a mantenerme en el terreno de lo eminentemente práctico, sin hablar de la innata curiosidad, del deseo de saber y de honrar el distintivo de *Homo sapiens* con que el naturalista nos designa:

1º Hay en Francia, en casi todos los puertos, un «naturalista marítimo»: él estudia los animalillos, a veces microscópicos, que indican la llegada de los grandes bancos de sardinas, arenques y otros peces. Él entonces, indica a los pescadores el tiempo de actuar. Este sistema sirve mucho más en países donde se caza la ballena, pues estas últimas siguen a las sardinas y los arenques.

2º En Estados Unidos se destruyen sistemáticamente las ardillas *silvestres* para evitar que al ganado vacuno le dé una cierta fiebre. Este al parecer loco proceder, se debe a que las ardillas son portadoras de garrapatas que diseminan por todas partes, y, éstas son las trasmisoras del microorganismo causante de la fiebre.

3º La transmisión de la fiebre amarilla, paludismo, filarias etc., debidas casi exclusivamente a los zancudos, dió, al hombre medios nuevos de defensa.

4º Los barcos emplean actualmente grandes discos de hojalata atravesados por los cables que los unen a los puertos con el objeto de impedir a las ratas portadoras de pulgas, que a su vez llevan la peste bubónica, comunicarse de una a otra parte.

5º Laveran estudiando la sangre de los palúdicos identificó el germen que lo producía.

6º Schaudin, simple zólogo, descubre el treponema de la sífilis. Hace la distinción entre las amebas patógenas y las que no lo son. Establece definitivamente el ciclo evolutivo del paludismo y muestra la parentela entre los microzoarios de la enfermedad del sueño y los de la sífilis y otras enfermedades similares.

7º Metchnikoff — el biólogo más notable de nuestra generación, estudiando larvas de insecto descubre la fagocitosis y gran parte del mecanismo de la inmunidad.

8º Ehrlich, *disvariando* sobre fórmulas químicas y tratando de unir la química a la biología, no descubre, hace más, CREA su 606 y luego el 914 que libran gran parte de la humanidad del terrible flagelo de la sífilis.

Podríamos continuar, pero para terminar digamos como los franceses:

...et ainsi de suite.

C. PICADO T.

## ¿De qué sirven las Ciencias Naturales?

ESTA pregunta la dirigen a menudo personas que sienten ya antipatía por los estudios científicos. Un Ministro de Instrucción Pública me preguntaba una vez:

—¿Qué va Ud. a estudiar?

—Ciencias naturales, le dije, y repuso.

—¿Con qué se come eso?

—Este es el anverso.

REUNIDOS en una mesa de un restaurante de París, escuché múltiples

elogios sobre la bondad de los estudios biológicos expresados por alguien que de ellos nada sabía. Este elogio me dió tanta repulsión como la burla del Ministro.

—Este, el reverso de una mala medalla.

QUERRÍA en pocas líneas decir, no para qué pueden servir, sino de qué han servido.

En este tiempo «post-guerrero», en que cualquiera vista del espíritu que